

UNA BIOGRAFÍA DE LARRA, ESCRITA POR MARINO GÓMEZ SANTOS, bajo el título «Figaro» o

LIBROS

ni en la claridad de su lógica, ni en su estupendo oficio literario, seguro, truquista cuando hacía falta, tiene Larra

la vida de prisas», nos vuelve a poner enfrente de la figura del gran satírico, gran prosista, inventor del artículo periodístico, etc.; más de la docena y media de sucesos que pueden registrarse en su vida, por más que algunos de ellos sean tan característicos como un eromo del romanticismo y, en suma, delante de una gran imposibilidad: la de sacar más cera que la que arde. Cuando vemos que en artículos, en libros biográficos, se enfrentan los escritores de sucesivas generaciones con la figura de Larra, parece que cumplen una a manera de ejercicio obligado por un tribunal y cuyas dificultades se concretan en la limitación, en haber llegado ya al cabo hace muchos, muchísimos años.

nada de romántico. En cuanto no escribía era una máscara, una máscara trágica del romanticismo español, fomentado por éste en busca de carácter. En el fondo es la víctima expiatoria que busca el romanticismo para, quince años después, reunirse en las Nochebuenas en torno a la mesa bien abastecida del marqués de Molins, personaje de la situación moderada, romántico en situación de reserva.

Así los estudios biográficos han de reducirse a interpretación, a la ejecución de una partitura bien fijada de antemano, en la que sabemos que ninguna sorpresa puede acontecer. Si algún erudito extrañese quién sabe qué clase de documento inédito, se referiría, a lo más, a alguna cuenta de planchadora de los cuellos del «dandy» Larra; nada que abriese una pequeña grieta inédita sobre una vida sabida en sus detalles más ínfimos, en sus líneas más maestras, por lo demás, tan fáciles, tan elementales a lo largo de existencia tan corta y tan monótona: vida literaria y carrera desalada en pos de Dolores Armijo. Al final, pistoletazo, entierro, y Zorrilla declamando. Pero se escribirá mucho aún sobre Larra, escribirá siempre sobre Larra, lo mismo que en los Conservatorios musicales se examinarán cientos y cientos de miles de alumnas tocando al piano «Para Elisa».

Pero en la vida literaria hay quien se siente vocado a la interpretación de Larra desde su vida, a sonar su aria en un clavecín bien templado. Suelen ser escritores agudamente intoxicados por los entresijos de la llamada vida literaria, para los que Larra es un ejercicio de estilo, una remota vivencia personal. Creo que el romanticismo, que nunca muere del todo como escuela literaria, en espera de quien sabe las resurrecciones que le tocará conocer, vive larvadamente en este tipo de letras, en la inmersión en la vida literaria como carácter, en la vida como obra de arte, etc., etc. Creemos que un impulso de esta naturaleza es lo que ha movido a Marino Gómez Santos a escribir sobre Larra y a escribir como ha escrito de Larra una biografía indecisa entre Pinto y Vahdemoro, entre la adivinación y la cantilana moliente, emprendida con más aliento que ejecutada después, en que tras de convocar a Larra a voces y punto menos que a desafío, aparece sólo un confuso paquete de noticias alrededor de Larra y su época que es una manera de dar gato por liebre.

Hay dos Larras: el Larra para leer y el Larra para escribir. Se refiere el primero a su obra escrita, y el segundo, a su vida mortal. Todo lo que tiene de conceptual el primero, lo tiene el segundo de característico. La lectura frecuente de Larra ha dado a las letras españolas de los periodos importantes, de la muerte de Larra aquí, que suelen ser lo contrario de los declamatorios, una dureza y sensibilidad especial. A partir del 98 puede decirse que los escritores españoles han leído a Larra, y de aquí su trascendencia, que, por cierto se compadece mal con haber salido de donde salía, del fondo más banal del romanticismo. Porque lo curioso es que Larra de vida tan romántica, en su veta importante, que es su obra, no es nada romántico, a no ser en la contaminación más superficial de temas; de tener que traducir a Scriba o escribir sobre Macías porque traía boca de Scott. Ni en el fondo de sus artículos,

El caso es que Marino Gómez Santos tiene, según algunas veces hemos advertido, oficio literario cierto. Creemos que este carácter, el realizar una biografía a base de oficio, o resolver a base de oficio una biografía emprendida bajo otro signo que se atase, no es indigno de Larra que algunas veces hizo lo propio, porque ya se sabe que escribir es llorar y demás. Quizá lo más personal y gracioso sea el arranque o enfoque de la biografía, que aunque no se cumple después y, en suma sea una variante de aquel trozo de Barja en busca de documentos de Aviraneta es muy de Larra, como Baroja era muy de Larra, un super-Larra de nuestro tiempo con más peso para que no le arrastrase el viento del siglo, aunque quizá hacia fines de él soplase menos que en el cogollo romántico.

Y hasta la próxima señor Larra que en su calle estamos levándole siempre.

A VALENCIA

«FIGARO» O LA VIDA DE PRISA.—Marino Gómez Santos—Colección Literaria «El Grifón».

27 Enero 57
ARRIBA.